

...en La Ventana de verano



Escuela de Escritores
Escritura Creativa en las ondas

4 Las voces

Ya tenemos una historia, tenemos a los personajes y ahora, solo hay que contarla. Eso quiere decir la voz. Dijimos que el protagonista era fundamental porque era el motor de la historia, la voz es la batería, el filtro, las ruedas, los asientos.... Es lo que nos llevará por el contenido, personajes, escenarios, opiniones, emociones..., y dará el punto de vista, la perspectiva y el tono de nuestra historia. Seleccionar la narradora o el narrador es una decisión clave porque condicionará la práctica totalidad de aspectos de la novela y, para tomar esta decisión, debemos tener en cuenta lo que queremos contar, cómo nos gustaría hacerlo y cuál es nuestro objetivo.

No podemos contar una historia de amor de la alta sociedad neoyorquina del XIX de la misma manera que la de un grupo de toxicomanos a finales del siglo XX. O sí, pero entraríamos en un juego de estilo o en el humor. Por ejemplo, más allá de las diferencias entre Edith Warton, la autora de *La edad de la inocencia*, e Irvine Welsh, autor de *Trainspotting*, que son muchas, comenzando por el siglo en que vivieron, la cuestión es que cada historia precisa una voz.

La voz es un coro peculiar en el que está el autor, la historia, el protagonista e incluso el tiempo y el espacio donde todos se mueven. Muchas veces, hemos oído a escritores que dicen que la

historia iba apareciendo sin que se dieran cuenta o que el libro se escribía solo. Nunca es cierto. Lo que más se parece es ese momento en el que logras la voz. Es como afinar un instrumento. Logras la tonalidad y el ritmo de la historia.

Como sucedía con el personaje, debemos hacernos algunas preguntas con el narrador. Por ejemplo, ¿hasta dónde llega? Si lo sabe todo, estamos ante el narrador omnisciente, una barra libre que puede ir desde conocer qué hacen todos los personajes a meterse en sus cabezas. El concepto contrario es deficiencia. Un narrador deficiente es una cámara que no registra nada fuera de los sentidos. Otra opción, la más habitual hoy día, es el narrador equisiente, que sabe todo, pero solo del protagonista. Prometo que no habrá más términos técnicos.

El narrador omnisciente, el que lo sabe todo, era bastante habitual en las novelas del XIX y está en desuso; pero, por ejemplo, es el que usa Fernando Aramburu en *Patria*.

Ahí va la pobre, a romperse en él. Lo mismo que se rompe una ola en las rocas. Un poco de espuma y adiós. ¿No ve que ni siquiera se toma la molestia de abrirle la puerta? Sometida, más que sometida.

Y esos zapatos de tacón y esos labios rojos a sus cuarenta y cinco años, ¿para qué? Con tu categoría, hija, con tu posición y tus estudios, ¿qué te lleva a comportarte

como una adolescente? Si el aita levantara la cabeza...

En el momento de subir al coche, Nerea dirigió la vista hacia la ventana tras cuyo visillo supuso que su madre, como de costumbre, estaría observándola. Y sí, aunque ella no pudiese verla desde la calle, Bittori la estaba mirando con pena y con el entrecejo arrugado, y hablaba a solas y susurró diciendo ahí va la pobre.

La voz salta de la cabeza del personaje al exterior y seguirá metiéndose en la cabeza de los personajes para dibujarnos un paisaje completo, social y emocional. No es nada fácil conseguir que todo eso se combine en un texto fluido y sin huecos; es decir, que funcione como un coro.

El problema de lo que sabe el narrador son las trampas. En muchas ocasiones, ese salto de seguir al protagonista a pasar a otro personaje se produce porque necesitamos que la trama se resuelva. Eso es trampa y el lector lo nota. Cuando hay algún problema de verosimilitud lo detectamos aunque sea inconscientemente y nos alejamos de la historia.

Ese es el problema de elegir un narrador personaje. Por un lado, tenemos la identificación. La voz nos habla desde dentro y nos deja entrar en su vida; comparte algo que no conocemos y que ha sido importante. Permite que el lector lo perciba como alguien real y cercano, alguien que le habla directamente y con el que caminará a través de los acontecimientos. Pero, al formar parte de la historia, su punto de vista sobre los hechos es limitado y subjetivo. ¿Qué es lo que sabe?, ¿cómo lo sabe? No vale decir «y entonces recordó que sabía algo de polaco porque su hermano había estado de Erasmus en Cracovia».

El personaje que elijamos puede ser un acompañante del principal, como el doctor Watson o un

protagonista observador del conflicto principal, como Ismael en *Moby Dick*, testigo de la lucha de Ajab con la ballena. O puede ser un narrador poliédrico, como el que usa Bram Stoker en *Drácula*, donde tenemos cartas, informes, o diarios de varios personajes.

Curiosamente, en *Drácula* el personaje al que no se da voz es precisamente el vampiro. Hablan prácticamente todos, salvo el más interesante. Estaría bien conocer las razones del no-muerto.

Además de la voz, tenemos las voces, es decir, los diálogos. Hace unas semanas, vimos que una de las formas que tienen los personajes de presentarse y tener entidad es la palabra, lo que dicen, y mejor si se lo dicen a otra persona porque aquí vemos también su relación. Los diálogos no son solo las palabras, sino el tono, los sobreentendidos, si realmente hay diálogo, es decir, si hay una comunicación entre dos personas o es un monólogo.

El reto del diálogo es conseguir que los personajes digan lo que queremos que digan, pero sin que se note. Es decir, que todo suene fluido y natural. Existe la tentación de que todo sea perfecto, de que cada personaje diga exactamente las palabras justas y llenas de ideas brillantes. Es complicado alcanzar el equilibrio.

Un recurso interesante es el diálogo-tortilla. Es decir, simultanear el diálogo con otra acción, como hacer una tortilla, para que no quede tan desnudo. También recibe el nombre de diálogo-pasillo porque Aaron Sorkin usaba con frecuencia este recurso en *El Ala Oeste*. Dos personajes se encontraban en la entrada e iban dialogando de uno de los temas que iba a tratar el capítulo. En el camino, saludaban a gente, podían aparecer otros temas o, simplemente, era un pequeño

taxi que nos llevaba al escenario donde se nos presentaría la trama principal.

Ahora te toca a ti

La voz de Drácula

Rubén Darío publicó *Los motivos del lobo*, donde daba voz a un lobo, que podía representar a todos los lobos de los cuentos.

Drácula es el único personaje cuya voz no se escucha en la novela que lleva su nombre.

Vamos a pensar en un relato en el que se escuche su voz a través de un monólogo o de un diálogo.

Extensión recomendada

150 palabras